

La conciencia tras la muerte

Verónica Mariana Ortega Blengio
Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

RESUMEN

Podemos pensar que la conciencia es inherente a la vida y es creativa por excelencia; sin embargo, e inevitablemente, surge la pregunta: ¿qué sucede con la conciencia después de la vida, en la muerte? Encontré parte de la respuesta en las ideas base de la teoría del caos, y haciendo eco de esto en el pensamiento de lo que fue y es Mesoamérica, concretamente en la cultura maya en el Preclásico y Clásico. Este trabajo propone que la conciencia es la base de la vida y es creativa por excelencia, así como punto de unificación de un ser vivo, conectándolo con “El Todo” y con los otros. Asimismo, la conciencia en el universo es constante, como la energía y, por tanto, retorna a su fuente o fundamento en un proceso de eterna creación.

Palabras clave: muerte, teoría del caos, conciencia, Mesoamérica, cultura maya.

ABSTRACT

We might think that consciousness is inherent to life and is ultimately creative; however, the question inevitably arises: what happens to consciousness after life, in death? I found part of the answer on the basis of ideas from Chaos Theory and its echo in what was and is Mesoamerica, specifically in Preclassic and Classic Maya culture. This work proposes that consciousness is the basis of life and is creative par excellence, while it is also a point of unification connecting a living being to the “All” and to others. Furthermore, consciousness in the universe is constant, as energy, and therefore, it returns to its source or basis in a process of eternal creation.

Keywords: death, Chaos Theory, consciousness, Mesoamerica, Maya culture.

Comenzaré con una breve definición de la conciencia en términos de la llamada neurobiología y las ciencias llamadas cognitivas, con las que comencé la investigación: “La actividad mental representa la máxima posibilidad de interacción con el medio ambiente y su integración cúspide es la conciencia” (Fernández, 1998: 76).

De acuerdo con lo anterior, la conciencia es el punto máximo de unificación de la actividad mental. Sin embargo, este punto máximo no resulta estable, sino que oscila en forma circadiana; es decir, pasa de la atención acendrada a la somnolencia y de allí al sueño.

La conciencia no es permanente ni es continua, sino que cambia durante el desarrollo. Se le han asignado niveles que van “de la nada” al estado de conciencia alterada:

Nivel cero. De la nada o coma profundo, estado de anestesia que se puede originar por una afectación del lóbulo temporal, el cual es el receptor de información.

Nivel 1. Sueño, donde sí actúa el yo, pero desprovisto de atención.

Nivel 2. Vigilia o atención mecánica: percatarse.

Nivel 3. Consiste en darse cuenta de darnos cuenta, o bien que la propia conciencia se da cuenta de sus contenidos (planificación). A este nivel también se le ha llamado de atención controlada e introspección, de autoconciencia o de visión interior, de autoobservación y autocomprensión. Se presenta durante el ensueño.

Nivel 4. El más polémico, también llamado de “éxtasis”, “numinoso”, “pico”, “satori”, “epifanía” y “alterado”, pues se llega a él mediante el uso de sustancias que cambian la actividad mental (psicotrópicos), si bien también se alcanza con actividades repetitivas como danzas, posturas corporales o meditaciones.

Durante ese estado se pierde la atención, se experimenta una despersonalización, se da una mayor amplitud e intensidad en la experiencia, hay una sensación de hiperalerta, infinitud, inefabilidad, “unidad cósmica”, fatuidad y modificación de la percepción. Se reporta también una mayor intuición que discursividad, y después o durante ese periodo se experimenta un sentimiento de trascendencia. Por lo general, tras ese momento el individuo que lo vivió cambia algo en su interior, como si se recreara. Se trata de un momento cúspide de creación, de creatividad.

Así, conciencia es un punto alto de la actividad mental, donde no resulta necesaria la atención. Luego de este momento se crea algo que puede ser una imagen, una idea. Como momento me refiero a que sucede y se siente durante el estado de vigilia o durante el sueño. El hecho de sentir este momento implica que el organismo que lo experimenta “se da cuenta” de que algo sucedió. Es cuando se dice “¡eureka!”, “¡ya lo tengo!”, y se dispara o se pone en movimiento *algo* dentro de nosotros: un cambio de perspectiva en

lo que percibimos. Es importante hacer notar que ésta es la misma definición para el momento creativo (Ortega, 2009).

A ese justo instante Jung lo llamó “sincronicidad”, y tal es el que consideraré como conciencia o conciencia creativa, con el cual se puede explicar que la conciencia es inherente a la vida.

Sincronicidad

En la cultura científica occidental, los primeros en proponer que el universo tiene una influencia directa en la psique humana fueron Carl Gustav Jung y Wolfgang Ernst Pauli en 1952, al proponer el término de “sincronicidad” para definir el puente entre la mente y la materia.

Tal como la concibieron, la “sincronicidad” constituye un momento en el cual al menos dos sistemas diferentes coinciden en tiempo y espacio para generar algo distinto, además de que el encuentro resulta significativo para cada sistema. En general la sincronicidad propone que la mente y la materia, como sistemas, son complementarias: “La posesión del significado y, particularmente, la relación con una activación profunda de energía dentro de la psique es la base y naturaleza misma de la sincronicidad” (Peat, 1987: 33).

Las sincronicidades forman un puente entre la mente y la materia, de modo que no se reducen a una sola descripción, sino que surgen a partir de la autoorganización y su esencia especial radica en su ser como suceso individual y único, así como manifestación del orden universal. Envuelta en un momento intemporal, exhibe su naturaleza trascendental, y debido a esta relación entre lo trascendental y el causal de sucesos mentales y físicos la sincronicidad adquiere su significado múltiple, que a la vez lo comunica.

Los patrones significativos de las sincronicidades que se manifiestan en la materia y en la mente en realidad parecen representar el despliegue de un *orden* más profundo, el cual se encuentra más allá de la distinción entre ambas. La sincronicidad se significa como el momento en que distintos objetos y sucesos se congregan para formar un patrón nuevo y global en tiempo y espacio. Las sincronicidades son manifestaciones de la mente y la materia, las cuales provienen de un fundamento que es la base de ambas. De manera básica, una sincronicidad *es creatividad*, y la caracteriza un significado para el organismo que lo experimenta.

Jung explicó este origen o fundamento y también habló de un orden profundo. Sin embargo, considero que estas ideas se explican con mayor claridad en la

propuesta del “orden implícito”. El punto principal de la misma consiste en que el universo se encuentra unificado (un postulado también propuesto por la teoría del caos al decir que todos somos sistemas disipativos que intercambiamos energía) y se mantiene así mediante patrones o tramas u órdenes; al patrón original se le conoce como “orden implícito” o “implicado”, el cual equivaldría a la fecundidad de lo cósmico y sugiere que todo surge del mismo, por lo cual lo físico y lo intangible poseen un mismo origen, si bien se expresan en forma diferente. Así, la sincronicidad es la expresión del potencial o significado que contiene determinado punto de existencia y actúa como la indicación del significado oculto en una vida o momento histórico.

En resumen, la naturaleza contiene determinados patrones y simetrías arquetípicas que no existen en ningún sentido material explícito, sino que se encuentran plegados en los varios movimientos dinámicos del mundo material (Peat, 1987: 33-44).

La expresión es el “orden explicado”, es decir, el mundo. Aunque las “formas explicadas” se expresen en forma diferente, al originarse en una fuente común contienen este origen, el cual no es otro que la conciencia misma, la conciencia-creadora (o para llamarla diferente, “energía creadora”).

Al provenir de un origen común se debe dar una comunicación constante entre las diferentes “formas explicadas” y la fuente de conciencia. Es decir, el momento de comunicación entre una y otra es cuando se abre un camino y se siente la llamada “sincronicidad” o momento de conciencia. En este sentido, la materia, el espacio y el tiempo son “manifestaciones explicadas” del “orden implicado”, y para su manifestación requieren la información, cuya proveedora es la propia “conciencia-creadora”.

En el “orden implicado” las estructuras se pliegan entre sí, de modo que una estructura puede ser interior y exterior a la vez, mientras que en el “orden explicado” los cuerpos son exteriores. En el primer orden no resulta necesaria la acción de fuerzas, mientras que en el segundo sí lo es. El “orden implicado” puede ser el “orden natural y propio de la mente y la memoria” (Bohm y Peat, 1988: 197). Esta explicación nos dice que la conciencia opera de acuerdo con el “orden implicado” y no con el “explicado”. Esto es, la conciencia nace y fluye.

Por ejemplo, en los sueños las imágenes parecen desplegarse y recorrer el propio sueño para revelar otras imágenes plegadas dentro del mismo sueño. Se diría que se pliegan en sí mismas, en un proceso de transformación y despliegue continuo parecido a las olas del mar, de modo que los pensamientos son como las formas explicadas arrojadas por los movimientos fundamentales de los “órdenes implicados”, los pen-

samientos y contenidos de la mente se mantienen por los procesos fundamentales de su origen. Al final todo se funde en materia y al revés.

La conciencia tras la muerte

Se puede decir, como lo expresaba Jung, que las mentes individuales provienen de un mismo origen, tienen una identidad única y son estables durante un tiempo. Los sistemas vivos o formas explicadas constituyen sistemas disipativos que nacen de un fundamento básico, persisten un tiempo y después mueren en ese mismo fundamento. El tiempo que contiene cada forma explicada es único. En otras palabras, es “fractal”, que significa que en sí mismo cada segundo es único y se vive con diferente intensidad, ya que en él se contiene en sí mismo todo el tiempo. Sin embargo, el tiempo en los sistemas disipativos o formas explicadas posee una dirección. Esto nos indica que tienen un principio y un fin relacionado con la energía que contiene, pues al generar energía se pierde algo de ella; es decir, el hecho de vivir lleva a esta pérdida y, por lo tanto, en algún momento morimos (Campbell, 1989: 52). Sin embargo, si la energía es una constante, ¿la conciencia o energía retorna a su fuente o fundamento? En ese sentido la reflexión es que tal vez la muerte sea un paso dentro de un proceso de eterna creación, pues si concibiéramos a la fuente de conciencia como energía, entenderíamos que ésta se funde en ella misma para volver a crearse prácticamente de manera infinita.

La conciencia en Mesoamérica

Todas las ideas anteriores, aunque se basan en términos de ciencias occidentales, no han sido las únicas ni las primeras. Culturas diferentes han tenido estas mismas intuiciones, lo cual por una parte es otra propuesta de Jung al hablar del inconsciente colectivo. Es decir, la intuición de una conciencia total que se regenera y la de un cuerpo que muere se refleja, por ejemplo, en las ideas de los pueblos mesoamericanos, en particular entre los mayas del clásico.

En Mesoamérica en general se entendía a la muerte como una catástrofe corporal, lo cual generaba la diferenciación entre vivos y muertos en el sentido de que, por citar un caso, los muertos “ven” de modo diferente, pues tienen otros ojos. Es decir, la corporeidad es un equipamiento distintivo con capacidades diferentes, pero al final

se trata de un cuerpo intercambiable, desechable: “La permutabilidad objetiva de los cuerpos está fundada en la equivalencia subjetiva de los espíritus [...] La diferencia es de mundos, no de conciencias“ (Viveiros de Castro, 2004: 65).

Es decir que en el mundo mesoamericano la conciencia era un *continuum*, de manera concreta en la cultura maya del Preclásico y el Clásico, donde se concebía al ser humano como compuesto por una parte sólida de huesos, *Bàak*, y de carne, *Bàk'*, y otra parte de materia gaseosa o ligera. Este componente “gaseoso” o “ligero” se dividía a su vez en otras partes que dotaban de vida al ser humano. Se trata de las llamadas “entidades” o “fuerzas anímicas”, cada una de las cuales posee diferentes características, con una ubicación específica dentro del cuerpo. Tales entidades se concentran en el corazón y fluyen por la sangre, además de que son responsables de los signos vitales y las diferentes funciones psíquicas; en su mayoría se ubican en el interior del cuerpo y salen de él de manera temporal o definitiva.

La relación del cuerpo con esas entidades concluía tras la muerte. Sin embargo, las entidades tenían un diferente destino; es decir, algunas se disolvían, mientras que otras se dirigían al inframundo y existía una en particular que renacía o se regeneraba. Así, se tenía a:

- *U'bah, Bahis*: “el deber ser”, que capta conocimiento durante el estado de vigilia y por medio de los sentidos de percepción físicos, participa en el discernimiento entre el bien y el mal, y se disuelve tras la muerte.

- *K'ihn*: asociado con el calor, la energía y la fuerza vital, el cual se disipa tras la muerte.

- *O'hlis*: “el corazón anímico” se alberga en el miocardio, pecho o epigastrio. Se le relaciona con la interioridad y pensamiento, la vida, la energía y el centro del ánimo, además de poseer individualidad y personalidad. Es responsable del movimiento y la motivación humana, de la racionalidad y emotividad. Tras la muerte, el *O'hlis* se encamina al inframundo.

Por último, la fuerza de nombre desconocido representada por el glifo “T 533”:

- *B'ook*: se trata de una fuerza o aliento inmortal (De la Garza, 1984: 91), muy en contacto con el *O'hlis*, al que incluso acompañaba al inframundo. Sin embargo, parece que el *B'ook* no se quedaba allí ni tenía injerencia en la personalidad. Tampoco era exclusivo de los seres humanos, pues lo poseían tanto los dioses como los seres del inframundo. Durante trances extáticos y en el transcurso de los sueños se externa por la coronilla y tras la muerte lo hace por la boca. Se concentra en el universo y no sólo en un organismo. Por último, se le relaciona con el espíritu del dios del maíz, el cual se regenera tras morir, limpio y sin memoria (Velásquez. 2009: 521).

Conclusiones

¿Es entonces esta entidad anímica, *B'ook*, la conciencia? En sus definiciones, como leemos arriba, pareciera que sí, aunado a la idea de que aunque acompañe al *O'hllis* al inframundo no se queda allí. Sin embargo, no queda claro a qué lugar se dirige después y si es contundente que se regenera.

Resulta pues interesante corroborar que diferentes culturas en distintos momentos lleguen a estas conclusiones, con lo que una vez más se comprueban las propuestas de Jung:

1. La conciencia es la base de la vida y es creativa por excelencia.
2. Es el punto de unificación de un ser vivo, lo conecta con el todo y con los otros.
3. La conciencia en el universo es constante como la energía y por tanto retorna a su fuente o fundamento en un proceso de eterna creación.

Bibliografía

- BOHM, David y F. David PEAT, *Ciencia, orden y creatividad*, Barcelona, Kairós, 1988.
- CAMPBELL, Jeremy, *El hombre gramatical*, México, FCE, 1989.
- GARZA, Mercedes de la, *El universo sagrado de la serpiente entre los mayas*, México, IIF-UNAM, 1984.
- FERNÁNDEZ GUARDIOLA, Augusto, *Memorias del curso poscongreso Neurociencias Cognitivas*, San Luis Potosí, Facultad de Medicina de San Luis Potosí, 1989.
- PEAT F., David, *Sincronicidad*, Barcelona, Kairós, 1987.
- VELÁSQUEZ GARCÍA, Erik, *Los vasos de la entidad política de 'Ik': una aproximación histórico artística. Estudio sobre las entidades anímicas y el lenguaje gestual y corporal en el arte maya clásico*, México, FFYL-UNAM, 2009.
- VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo, *A inconstância da alma selvagem*, São Paulo, Cosac & Naify, 2002.